

ble; ¿dónde iré? ¿qué será de mí? Será inútil que me defienda; verdad es que le toqué dos veces, y que nunca mujer alguna hizo cosa semejante. Después de lo que acaba de pasar, lo menos que puede sucederme es que me echen de la casa.

Margot se estremecía ante esta idea; buscó el medio de justificarse y proyectó escribir al siguiente día una larga carta á Gastón, en la cual le explicaría que cómo estaba distraída había puesto el pie en su mano, que le pedía perdón y que le rogaba que lo olvidase todo. «¿Pero y si no dormía?—pensó—¿y si sabe que le quiero? ¿y si adivinó mi pensamiento? ¿y si me habla de la aventura antes que yo á él? ¿y si me dijera que me quería?»

El carruaje se detuvo en este momento. Gastón, que dormía á pierna suelta, extendió los brazos al despertar sin ningún género de miramientos; fuéronle necesarios algunos momentos para recordar dónde se encontraba, y ante este triste descubrimiento, los ensueños de Margot se desvanecieron; cuando el joven le ofreció la mano para bajar del coche, vió con toda claridad que había viajado sin compañía en medio de la soledad más triste.

## VI

Dos sucesos inesperados, uno ridículo y el otro serio, acontecieron casi al mismo tiempo. Una mañana estaba Gastón en la avenida de la casa probando un caballo que acababa de comprar, cuando un muchachuelo medio cubierto de andrajos y casi desnudo se dirigió á él con resolución y se detuvo ante su caballo. Era Pierrot, el que guardaba los gansos.

Gastón no le reconoció, y creyendo que le pedía limosna, le echó unos cuartos en la gorrilla. Pierrot los guardó en el bolsillo, pero en vez de alejarse, corrió tras el jinete y se colocó á algunos pasos ante él. Gastón le dijo dos ó tres veces que se apartase, pero el chico no hacía caso; le seguía y le paraba siempre.

—¿Qué se te ofrece?—preguntóle el joven:—¿quieres hacerme dar en tierra?

—Señor—respondió Pierrot sin moverse de donde estaba,—quisiera ser vuestro criado.

—¿De quién?

—Vuestro, señor.

—¿Mio? ¿y á propósito de qué me haces esa petición?

—Para ser criado del señor.

—Yo no tengo necesidad de criado; ¿quién te ha dicho que yo buscaba uno?

—Nadie, señor.

—Entonces, ¿qué vienes á hacer aquí?

—Vengo á pedir al señor que me deje ser su criado.

—¿Estás loco ó es que te burlas de mí?

—No, señor.

—Toma y déjame en paz.

Gastón le dió unas monedas, y apartando el caballo continuó su camino. Pierrot se sentó en el borde de la calle, y Margot, que pasaba por allí, le encontró llorando á lágrima viva.

—¿Qué tienes, Pierrot, qué te sucede?

Pierrot, al pronto, no quiso responder.

—Quería ser criado del señor—dijo al fin suspirando,—y el señor no quiere.

No sin gran trabajo acertó Margot á hacerle hablar, y desde luego comprendió de lo que se trataba. Desde que había dejado la granja, Pierrot estaba melancólico por no verla. Entre



avergonzado y lloroso la refirió sus quebrantos, y Margot no pudo menos de echarse á reír y de compadecerle juntamente. El pobre muchacho, para expresar sus dolores hablaba al mismo tiempo de su amistad por Margot, de sus zuecos, ya en mal uso, de su triste soledad en el campo y de uno de los gansos, que había muerto, todo lo cual se mezclaba y confundía en su magín. En conclusión, no pudiendo ya soportar su tristeza, había tomado la determinación de coger el camino de la Honville para ofrecerse al señor como criado ó como palafrenero. Este paso le había costado ocho días de reflexión madura, y como acababa de verse, sin resultado favorable. De manera que el chico hablaba de morir antes que volver á la granja.

—Puesto que el señor desecha mis servicios —dijo al terminar su relación,—y puesto que no puedo estar cerca de él, como vos al lado de la señora Doradur, me dejaré morir de hambre. No hay necesidad de decir que estas últimas palabras fueron acompañadas de un nuevo diluvio de lágrimas.

Margot le consoló lo mejor que pudo, y cogiéndole de la mano le llevó á la casa. Allí, en espera de que fuese tiempo oportuno para que muriese de hambre, hizo que entrara en la despensa y le dió un pedazo de pan, jamón y fruta. Pierrot, inundado en lágrimas, comió con buen apetito, pero sin apartar los ojos de Margot, quien le hizo comprender fácilmente que para servir á alguien es menester aguardar á que haya una plaza vacante, y le prometió que en la primera ocasión se encargaría de que sus deseos se realizaran. Dióle gracias por su amistad, le aseguró que ella le correspondía con la suya, enjugó sus lágrimas, le besó en la frente

con actitud maternal, y le decidió, por fin, á que volviera á la granja. Convencido Pierrot metió en sus bolsillos lo que le quedaba del desayuno, y Margot le dió además un escudo de cien sueldos para que se comprase un chaleco y unos zuecos. Así consolado, tomó la mano de la joven y puso en ella sus labios, diciéndola con voz enternecida: «Hasta la vuelta, señorita Margarita.» Mientras se alejaba á paso lento, advirtió Margot que el muchacho empezaba á ser ya mozo. Pensó que sólo tenía un año menos que ella y se prometió no besarle en lo sucesivo.

Al día siguiente vió que Gastón, contra su costumbre, no había salido de caza, y que en su vestidura había más esmero que de ordinario. Después de comer, es decir, hacia las cuatro de la tarde, el joven ofreció el brazo á su madre y ambos se dirigieron á la avenida. Hablaban en voz baja y parecían intranquilos; Margot, sola en la sala, miraba con ansiedad desde la ventana, cuando una silla de posta entró en el patio. Gastón corrió á abrir la portezuela. Una dama anciana bajó primero y después una señorita joven de unos diez y nueve años, vestida con elegancia y hermosa como un sol. A juzgar por el recibimiento que se dispensó á los huéspedes, opinó Margot que no solamente eran personas de distinción, sino allegados de su madrina; las dos mejores habitaciones de la casa fueron destinadas á los viajeros, y cuando éstos entraron en la sala, la señora Doradur significó á Margot que se retirase. Esta se alejó de mala gana, porque la estancia de las damas en la casa, nada agradable la presagiaba.

Al siguiente día dudaba si bajaría ó no al desayuno, cuando la Doradur llegó á buscarla



y la presentó á la señora y á la señorita de Vercelles, que así se llamaban las dos viajeras. Al entrar en el comedor observó Margot que había una servilleta blanca en el lugar que ella ocupaba, junto al de Gastón. Sentóse en silencio, mas no sin tristeza, en otro sitio; el suyo fué ocupado por la señorita de Vercelles, y muy luego pudo echarse de ver que el joven miraba mucho á su vecina.

Muda permaneció Margot durante la comida; y habiendo servido un plato que tenía delante, cuando llegó el turno á Gastón, éste ni siquiera se fijó en lo que veía. Después del almuerzo se pasearon por el parque, y cuando habían dado algunas vueltas, la señora Doradur tomó el brazo de la anciana dama y Gastón ofreció el suyo á la dama joven y hermosa; Margot iba sola detrás de las parejas y nadie pensaba en ella ni la dirigía la palabra; luego se detuvo y volvió á la casa. Para la comida, la señora Doradur pidió una botella de Frontignan, y como en todo había conservado las usanzas de antaño, levantó su vaso antes de beber para invitar á sus huéspedes á chocarlos.

Todos imitaron su ejemplo, menos Margot, que no sabía qué hacer. Nadie correspondió á su ademán temeroso, y la joven volvió á colocar el vaso en la mesa sin beber el contenido. «Lástima que no haya una quinta persona—dijo la señora de Vercelles al acabar la comida—para jugar á la berlanga» (entonces se jugaba entre cinco á la berlanga).—Margot, sentada en un rincón, se guardó muy bien de decir que ella sabía jugar, y su madrina propuso un *whist*. Cuando llegó la cena, á los postres, rogaron á la señorita de Vercelles que cantase; primero se hizo rogar un poco y luego entonó con voz

fresca una regocijada canción. Margot al oirla no pudo menos de suspirar y de pensar en la casa paterna, donde ella cantaba á los postres; cuando llegó la hora de recogerse, al entrar en su cuarto vió que se habían llevado dos muebles que eran justamente los de su preferencia: un sillón grande y una mesita de marquetería, en la cual colocaba su espejo para peinarse. Luego entreabrió la ventana temblando, para mirar un instante la luz que ordinariamente brillaba tras las cortinas de Gastón: era su adiós de todas las noches, pero aquel día no vió luz. Gastón había cerrado las maderas; Margot se acostó con la muerte en el alma y no pudo dormir en toda la noche.

¿Cuál era la causa de aquella visita y cuánto duraría? Margot nada podía saber, pero era evidente de toda evidencia que la presencia de aquella señora se relacionaba con las entrevistas secretas de la señora Doradur y su hija. Había allí un misterio imposible de adivinar, y cualquiera que fuese el misterio, Margot veía que había de dar al traste con su felicidad. Supuso primero que aquellas damas eran de la familia, pero advirtió muy pronto que las tributaban juntamente demasñada amistad y cumplidos extremosos para que así fuese. Durante el paseo, la señora Doradur puso especial cuidado en mostrar á la madre hasta dónde se extendían los muros del parque, y la había hablado al oído de los productos y valor de sus tierras. ¿Se tratará acaso de vender la Honville? Pero en este caso, ¿qué sería de la familia de Margot? Un nuevo propietario, ¿respetaría á los antiguos arrendadores? Mas por otra parte, ¿qué motivo podía tener la Doradur para vender una casa donde ella había nacido y donde su hijo



parecía encontrarse bien hallado, siendo, además, tan adinerada? Las señoras llegaban de París, de la gran ciudad, hablaban á diestro y siniestro y no parecían gustar de la vida campestre. La señora de Vercelles había dicho en la mesa que trataba á la emperatriz, que la acompañaba á la Malmaison y que disponía de sus buenas gracias. Acaso se trataba de pedir el ascenso de Gastón, y siendo así era natural que se fuese grato en todo á una dama que de tanto influjo gozaba. Tales eran las conjeturas de Margot, pero por muchos esfuerzos que hacer pudiera, á su espíritu nada satisfacía, y su corazón la imposibilitaba detenerse en el único supuesto verosímil, que también hubiera sido el único verdadero.

Dos criados llevaron á duras penas un gran cajón de madera á las habitaciones que ocupaba la señorita de Vercelles. En el momento que Margot salía de su cuarto, oyó sonar las teclas de un piano; era la vez primera de su vida que semejantes acordes vibraban en sus oídos, pues en punto á música sólo conocía la contradanza de su lugar, y se detuvo llena de admiración. La señorita de Vercelles cantaba y tocaba un vals, y Margot se acercó despacito á la puerta con objeto de oír la letra, que era italiana. La dulzura de esta lengua, desconocida para ella, pareció todavía más extraordinaria á Margot que la armonía del instrumento. ¿Quién era aquella que pronunciaba palabras misteriosas en medio de una tan extraña melodía? Vencida entonces por la curiosidad, se agachó, enjugó sus ojos aun llorosos, y miró por el agujero de la cerradura; vió á la señorita de Vercelles en traje de interior, con los brazos al aire, con los cabellos en desorden, con los labios entreabiertos y con

los ojos mirando al cielo. Creyó ver á un angel: nada tan encantador se había ofrecido nunca á sus miradas. Se alejó lentamente, deslumbrada, y al propio tiempo consternada, sin acertar á discernir lo que pasaba en su alma; pero mientras bajaba la escalera repitió varias veces con acento conmovido: «¡Virgen Santísima, qué mujer tan hermosa!»

## VII

Es peregrino que en todas las cosas de este mundo se engañen precisamente aquellos á quienes más interesan. En el proceder de Gastón con la señorita Vercelles, la persona menos observadora hubiera visto que el mozo estaba enamorado. Margot no lo vió al principio, ó, por mejor decir, no quiso verlo. A pesar del dolor que experimentaba, un sentimiento inexplicable, que juzgarán imposible muchos, la impidió descubrir la verdad de lo que ocurría; me refiero á la admiración que la señorita Vercelles le había inspirado.

La señorita Vercelles era alta, rubia, muy simpática. Su presencia inspiraba más que afición hacia ella; era, si así puede decirse, de una belleza consoladora. Había en su mirada y en su manera de hablar un sosiego tan singular y tan dulce, que no era posible resistir al gozo que ocasionaba su presencia. Al cabo de algunos días testimonió mucha amistad á Margot, y hasta fué la primera en insinuarse. Enseñóla los secretos del bordado y la tapicería, cogióla del brazo en el paseo é hizo que cantase los aires del lugar, acompañándola al piano. Margot estimó más esas muestras de benevolencia porque tenía el corazón lacerado. Tres días ha-



cia que vivía en el más cruel abandono, cuando la joven parisina se acercó á ella y la dirigió la palabra por vez primera. Margot se estremió de gozo, de temor y de sorpresa. Sufrió al verse completamente olvidada por Gastón y sospechaba la causa del olvido. En la conducta de su rival descubrió elerto encanto entreverado de amargura, sintió natural alegría por salir del aislamiento á que llegara de pronto, y se enorgullecó al verse distinguida por una agasajada tan linda. Aquella belleza que debiera haberla dado celos, la encantó á las primeras palabras, y á medida que con la dama se familiarizaba, más por ella se apasionaba. Después de admirar su rostro admiró su apostura y ademanes, su sencillez exquisita, sus gestos y hasta el adorno más infimo que llevaba. Nunca la quitaba los ojos de encima, y la oía hablar con atención religiosa. Cuando la señorita Vercelles se sentaba al piano, la mirada de Margot fulgaraba y semejaba decir á todo el mundo: «Mi buena amiga va á tocar», pues era así como la llamaba, no sin experimentar interiormente una punzada de vanidad. Cuando atravesaban el pueblo juntas, los campesinos volvían la cabeza por verlas. La señorita Vercelles no paraba mientes en la cosa, pero Margot se ponía encarnada de puro gozo. Casi todas las mañanas, antes del desayuno, visitaba á su buena amiga, la ayudaba á vestirse, veía cómo se lavaba sus lindas manos blancas y la oía cantar la dulce lengua italiana. Luego bajaba con ella á la sala, orgullosa de haber retenido algún aria que la señorita tarareaba en la escalera. Pero en medio de tanta bienandanza la devoraba el dolor y se echaba á llorar, cuando se veía sola,

La señora Doradur era poco observadora para advertir la pasión que se enseñoreaba en su ahijada.

—Me parece que estás palida—le decía algunas veces.—¿No has dormido bien esta noche?—Y luego, sin aguardar respuesta, se ponía á pensar en otra cosa.

Gastón era más avisado, y cuando se tomaba la molestia de pensar en ello, no se equivocaba en punto á la tristeza de Margot, pero se decía que seguramente obedecía á un capricho de niña, un poco de envidia, natural en las mujeres, y que con el tiempo se desvanecería. Hay que advertir que la muchacha había evitado siempre encontrarse á solas con él. La idea de una entrevista la estremecía, y aun cuando le veía desde muy lejos en el paseo, si iba ella sola y echaba por otro lado, de suerte que las precauciones de que para ocultar su amor se servía, le parecían al joven engendradas por un carácter uraño. ¡Singular muchacha!—decíase muchas veces al verla huir cuando él hacía ademán de acercarse,—y para apreciar su perturbación, alguna vez la habría abordado á pesar suyo. Margot bajaba la cabeza, se expresaba por monosílabos y se replegaba en sí misma como una sensitiva.

Los días se deslizaban con monotonía superlativa: Gastón no iba de caza, se paseaba poco y jugaba rara vez; todo quedaba reducido á conversar, y la señora Doradur advertía á Margot que se retirase de la concurrencia dos ó tres veces al día. La pobre muchacha no hacía más que subir á la sala y bajar á su cuarto. Si la acontecía que entraba en la sala para servir de estorbo, veía á las madres hacerse señas y todo el mundo se callaba; cuando la llamaban



al cabo de una conversación secreta, sentábase sin mirar á nadie y la inquietud que sentía asemejábase á la que se experimenta en el mar cuando la tormenta se divisa á lo lejos y avanza lentamente á través de un cielo sereno.

Pasando una mañana por la habitación de la señorita Vercelles, ésta hizo que se detuviera. Cambiadas algunas palabras indiferentes, Margot vió en un dedo de su buena amiga una sortija muy linda.

—Probárosla—dijo la señorita—y veamos si os va bien.

—¡Ay, señorita! mi mano no es digna de os tentar semejantes joyas.

—Os sienta maravillosamente, y os la regalaré el día de mis bodas.

—¿Váis á casaros?—preguntó Margot temblando.

—¡Quién sabe!—contestó sonriente la señorita Vercelles;—las solteras estamos expuestas todos los días á esas cosas.

No hay que decir la turbación que semejantes palabras produjeron á Margot; se las repitió cien veces día y noche, de una manera maquinal y sin atreverse á reflexionar sobre ellas. Sin embargo, algún tiempo después, al servir el café después de la cena, Gastón la presentó una taza, y ella la rechazó dulcemente, diciéndole: «Ya me la daréis el día de vuestra boda.» El joven sonrió y se mostró algo sorprendido; la señora Doradur frunció el entrecejo y rogó á Margot con agriura que no se metiera en los asuntos de la familia.

No fué menester hacerla dos veces la advertencia; lo que tanto deseaba y temía saber, hallólo probado con aquel incidente. Corrió á encerrarse en su cuarto, puso su frente entre sus

manos y lloró con amargura. Luego que volvió en sí tuvo cuidado de echar el cerrojo á fin de que nadie fuese testigo de su dolor. Así encerrada se sintió más libre y comenzó á discernir poco á poco lo que pasaba en su alma.

A pesar de su extrema juventud y del amor loco que la dominaba, Margot tenía muy buen sentido. Lo primero que sintió hondamente fué la imposibilidad de luchar contra los acontecimientos. Comprendió que Gastón amaba á la señorita Vercelles, que las dos familias estaban de acuerdo y que el matrimonio era inminente. Acaso el día estuviera ya señalado; recordaba haber visto en la biblioteca un hombre vestido de negro que escribía en papel sellado: era probablemente un notario que redactaba el contrato. La señorita Vercelles era rica, Gastón lo sería cuando su madre muriese. ¿Qué podía ella contra las medidas tomadas, tan naturales y tan justas? Se detuvo en esta idea, y cuanto más la ponderaba, juzgaba más invencible el obstáculo. No pudiendo impedir el matrimonio, creyó que lo único que le quedaba por hacer era no asistir á él. Sacó una maletita de su pertenencia, que estaba debajo de su cama, y la puso en medio del cuarto para guardar sus ropas, resuelta á volver á casa de sus padres; pero le faltó valor, y en vez de abrir la maleta sentóse encima de ella y comenzó de nuevo á llorar. Así estuvo cerca de una hora en estado tal, que daba piedad el verla. Las razones que primero la movieran, se enturbiaban en su espíritu; las lágrimas que sus ojos derramaban, trastornábanla y sacudía la cabeza como para libertarse del peso que la agobiaba. Mientras se devanaba los sesos buscando la determinación que había de tomar, no echó de



ver que la vela iba á apagarse. De pronto se vió en las tinieblas y se levantó y abrió la puerta para pedir una luz, pero era tarde y todo el mundo se había acostado. A pesar de lo cual anduvo á tientas, no creyendo la hora tan avanzada.

Cuando vió al bajar que la escalera estaba oscura y que se hallaba sola en casa, sintió miedo. Había atravesado un largo corredor que conducía á su cuarto; se detuvo allí, no atreviéndose á volver sobre sus pasos. Sucede á veces que una circunstancia, en apariencia insignificante, modifica el curso de nuestras ideas: la obscuridad produce este efecto más que ninguna otra causa. La escalera de la Honville estaba construída en una torrecilla, que llenaba por entero, dando la vuelta en espiral alrededor de una columna de piedra. Margot se apoyó en esta columna, y el frío que sintió, junto con el miedo y la pena que experimentaba, la helaban la sangre. Permaneció algún tiempo inmóvil; una idea siniestra la asaltó de súbito; la debilidad que la dominaba, hizola pensar en la muerte, y cosa extraña: esta idea, que no la duró más que un instante, desvaneciéndose al punto la devolvió las fuerzas perdidas. Volvió á su cuarto y allí se encerró de nuevo hasta el amanecer.

Así que amaneció bajó al parque. Aquel año el otoño era soberbio; las hojas, ya amarillentas, parecían de color dorado. Ninguna caía de las ramas, y el sosegado y tibio viento parecía respetar los árboles de la Honville. Era aquella la estación en que los pájaros celebran sus últimos amores. La pobre Margot no estaba tan adelantada como las aves, pero al calor bienhechor del sol sintió que su dolor se dulcificaba.

Pensó en su padre, en su familia, en su religión, y volvió á su primer designio, que era el de marcharse resignada. Pasó un momento, y ya no lo juzgó tan indispensable como la víspera; preguntóse qué mal había hecho para merecer ser echada de los lugares donde habían pasado los días más felices de su vida, é imaginó que podía permanecer, no sin sufrimiento, pero padeciendo menos que si se fuera. Internóse en las sombrías avenidas, y unas veces andaba muy despacio, otras con todas las fuerzas de que podía disponer; luego se detuvo y dijo: «Amar es cosa importante; para amar precisa el valor.» Esta palabra «amar», y la seguridad de que nadie en el mundo sabía nada de su pasión, ¿la procuraban alguna esperanza? ella lo ignoraba y por lo mismo esperaba sin ninguna dificultad. Su secreto adorado la parecía un tesoro oculto en su corazón, y no podía determinarse á arrancarlo; jurábase conservarlo allí siempre y protegerlo contra todo el mundo, aun á riesgo de que enterrado permaneciese. A despecho de la razón, las ilusiones vencían, y como ella amaba cual las criaturas, habiéndose desolado mismo, consolábase de la propia suerte. Pensó en los cabellos blondos de Gastón y en las ventanas de la calle del Perche; intentó persuadirse de que el matrimonio no era un hecho consumado y que había podido engañarse en lo que oyó á su madrina; se tendió al pie de un árbol, y quebrantada por la emoción y la fatiga, no tardó en quedarse dormida.

Cuando se despertó era ya mediodía. Miró en su derredor y apenas si se acordó de sus pesares. Un ruido ligero que oyó á poca distancia, hizola volver la cabeza; bajo el seto vió que llegaban Gastón y la señorita Vercelles, que



iban solos. Margot, escondida entre unas espesas matas, no podía ser vista. En la mitad del paseo, la señorita Vercelles se detuvo sentándose en un banco; Gastón permaneció un instante junto á ella, contemplándola enternecido; luego inclinó la rodilla, rodeóla con sus brazos y la abrazó. Margot, que presencié aquella escena, se levantó enloquecida; un dolor intenso se apoderó de todo su sér, y sin saber adónde iba, huyó corriendo hacia los campos.

## VIII

Desde que Pierrot naufragó en la enorme empresa que había formado y que consistía en ser criado de Gastón, estaba cada día más triste y dolorido. Los consuelos que Margot le procurara calmáronle sólo un instante; pero esta satisfacción no había durado más tiempo que las provisiones que se llevara en los bolsillos. Cuanto más pensaba en su Margot querida, con claridad mayor veía que le era imposible vivir lejos de ella, y á decir verdad, la existencia que llevaba en la granja no era para distraerle, como tampoco la compañía con la cual pasaba el tiempo. El día mismo en que nuestra heroína estaba tan desesperada, iba Pierrot sumergido en dulces ensueños á lo largo del río arreando á sus gansos adelante, cuando á unos cien pasos de distancia vió desalentada correr á una mujer, la cual, después de haber errado aquí y allá, desapareció de pronto en medio de los sauces que bordeaban el agua. El muchacho se llenó de inquietud y sorpresa y echó á correr á su vez para alcanzar á la mujer aquella, pero al llegar al punto donde la había perdido de vista, buscóla en vano en los campos de alrede-

dor y pensó si había entrado en un molino que cerca de allí se encontraba; sin embargo, siguió el curso del agua dominado por perverso augurio. El Eure había empeorado aquel día á causa de las lluvias, y Pierrot, que no estaba contento, contempló el agua con ojos más siniestros que de costumbre. Pronto le pareció advertir una mancha blanca que se agitaba junto á los rosales: acercóse á lla, y colocándose boca abajo junto al río, se deslizó hacia él un cadáver, el cadáver de Margot. La desdichada joven no daba muestras de vida: estaba inerte, fría como el marmol y con los ojos abiertos é inmóviles.

A la vista de este horror, Pierrot se puso á lanzar gritos que hicieron salir del molino á cuantos se encontraban dentro. Su dolor fué tan violento que su primer impulso fué arrojar-se también al agua para morir junto al sólo sér á quien había querido. Pero se acordó haber oído decir que los ahogados podían volver á la vida cuando á tiempo se les socorria. Los campesinos afirmaron que Margot estaba muerta sin remedio; Pierrot no quería creerlo, ni que depositaran su cuerpo en el molino; púsole sobre sus hombros, y andando tan deprisa como pudo la llevó á la choza que habitaba; quiso la casualidad que en el camino encontrara al médico del lugar, que se encaminaba á caballo á sus visitas: le detuvo y le obligó á entrar en su mansión, á fin de que examinara si aún había algún resto de esperanza.

El facultativo fué del parecer de los campesinos: apenas hubo visto el cadáver, dijo así: «Está bien muerta y no hay qué hacer sino enterrarla; á juzgar por el estado del cuerpo, debe haber permanecido en el agua más de un